

LA CULPA BORRADA Y LA PAZ RESTAURADA

Por el Rev. John Newton

Lectura: Salmo 51

Salterios:

268:1-4

140:1,3,4

221:1,2,3

141:1,2,4

240:1,5

“Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.” Salmo 51:15.

Amados, la vida de David está llena de enseñanzas. Todo lo que está registrado de él nos ayuda o para encontrar consuelo o para advertirnos. En su ejemplo vemos mucho del poder soberano y la providencia de Dios. Cuando David era un joven, aunque era el menor en la casa de su padre, fue escogido y llamado de seguir ovejas a gobernar un reino. Lo vemos sostenido a través de una serie de dificultades, y luego es establecido en su trono, para el asombro y confusión de sus enemigos. En David, sin embargo, también tenemos una poderosa prueba de la maldad que existe en el corazón del hombre. ¿Quién habría pensado que David, el hombre altamente favorecido, tan maravillosamente preservado, el hombre conforme al corazón de Dios, que en momentos de angustia podía decir: *“Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo”* (Salmos 42:2), podría ser seducido, sorprendido y llevado cautivo por el mal cuando se bajó la guardia? Comienza a mirar primero, y luego procede al adulterio, luego a asesinar y luego se hunde en un melancólico estado de ánimo, de tal manera que es necesario un mensaje directo de Dios para convencerlo de su pecado. Y en esta circunstancia vemos más adelante las riquezas de la gracia y misericordia Divina; cuán tiernamente el Señor vela por Sus ovejas, cuán cuidadosamente las trae de vuelta cuando se desvían de Él, y con qué rica bondad sana sus recaídas, amándolas libremente. David había caído, pero no estaba perdido. *“Esto que David había hecho, fue desagradable ante los ojos de Jehová”* (2 Sam. 11:27). Pero la bondad, amor y fidelidad de Dios eran inalterables. Él tenía un interés en ese pacto, *“ordenado en todas las cosas, y será guardado”* (2 Sam. 23:5), y por lo tanto, cuando David confiesa su pecado, el Señor le aseguró a través de Su siervo Natán, que *“ha remitido tu pecado; no morirás”* (2 Sam. 12:13).

Sin embargo, aunque el Señor sea enormemente misericordioso al pasar por alto la iniquidad de Sus hijos, Él se asegurará también que, a través de experiencias difíciles, sepan cuán malo y amargo es pecar contra Él. Aunque no los echará, ciertamente los castigará; retirará Su presencia y suspenderá Sus misericordiosas influencias; el cual es un castigo muy duro para un corazón sensible. Aunque David fue liberado del miedo de la muerte y el infierno, escribió este Salmo en la amargura de su alma. No consideró al Señor como su enemigo, sino como un Amigo y Padre a quien había ofendido gravemente. Él anhelaba reconciliarse, pero no podía aún recobrar su antigua confianza. David sin duda tenía la esperanza de que el Señor volviera a restablecer Su presencia; y por lo tanto continuó esperando. Pero en el presente se quejaba duramente de que sus huesos se habían abatidos y que su boca se había detenido. Había perdido sus fuerzas y su aliento, y se encontraba que no podía restaurarse a sí mismo. Se había quedado mudo por su reciente caída; y por lo tanto, como veremos en la Palabra de Dios y las palabras de nuestro texto, David exhala la oración que leemos en el Salmo 51:15: *“Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.”*

Partiendo de estas palabras, propongo considerar ese triste caso, el cual muy a menudo acontece en la vida cristiana, cuando la boca del cristiano se detiene y cuando los labios son cerrados de manera que no pueden manifestar las alabanzas de su Dios. Teniendo esto en vista, vamos a considerar lo siguiente:

- 1. Señalaré a las personas que tienen razones de quejarse de esta manera.**
- 2. Explicaré lo que está implícito en sus labios al ser cerrados.**
- 3. Mostraré por cuales medios el Señor abre los labios cerrados; y**
- 4. Haré la observación que cuando los labios de una persona son abiertos, su boca y todo dentro de sí manifestará alabanzas al Señor.**

Que el Espíritu Santo aplique la palabra y otorgue una bendición a todos.

En primer lugar veremos que esta petición que oímos de la boca de David especialmente describe a dos tipos de personas. Primero, el creyente que recae; es decir, uno que ya ha conocido la bondad del Señor, y que ha descansado en Su amor y que se ha regocijado en Su salvación, *“...que habéis gustado la benignidad del Señor”* (1 Pe. 2:3), y que ha caminado con consuelo en el camino de Sus mandamientos. Pero luego, por no estar alerta y no orar, por una conducta imprudente o por edificar madera, heno y hojarasca sobre las bases del Señor, ha contristado al buen Espíritu de Dios, y el pecador ya no experimenta Su presencia. El pecador ahora experimenta que el Consolador y Maestro de su alma está lejos de él, y por lo tanto

permanece en tinieblas y en silencio. Sólo conserva un sentido de su pérdida y no puede hacer más que suspirar esta oración: *“Señor, abre mis labios.”*

Segundo, esta petición describe al creyente que duda, es decir el creyente incrédulo, si se me permite usar esa expresión. Con esto quiero decir aquel que ha sido convencido de pecado y que ha sido enseñado por el Espíritu de Dios que no hay salvación sino en el Señor Jesucristo. Con esto quiero decir aquel que ama la Palabra, los caminos y el pueblo de Dios, que tiene el mayor cuidado de abstenerse de la maldad de este mundo y que estima la misericordia del Señor más que la vida. Este es alguien a quien el enemigo frecuentemente empuja con violencia para que caiga, pero que el Señor muchas veces y secretamente lo ha sostenido en los momentos amargos, y por lo tanto se halla que no ha sido desechado todavía, aunque a lo mejor lo espera cada día. Estos creyentes tienen sin duda suficiente base para decir: *“A no haber estado Jehová por nosotros, vivos nos habrían tragado entonces”* (Sal. 124:1). Tienen motivos para concluir con David: *“En esto conoceré que te he agradado, que mi enemigo no se huelgue de mí”* (Sal. 41:11).

Pero aun así, a través de una sensación de su culpa pasada, un suspiro de su corrupción presente, la prevalencia de la incredulidad, las obras de un espíritu legalista, la carencia de una clara comprensión de la manera en que el Señor justifica al impío y de las fuerzas de las tentaciones de Satanás, quien está excesivamente ocupado llevando todas estas cosas a los corazones, sus bocas igualmente se detienen. Ellos no pueden creer, y por lo tanto no pueden hablar. Sin embargo, hay temporadas y momentos cuando reciben un pequeño destello de esperanza, y entonces todo el deseo de sus almas se expresa en las palabras de nuestro texto: *“Señor, abre mis labios, Y publicará mi boca tu alabanza.”*

En segundo lugar, procederé a considerar lo que puede ser incluido en este caso, lo que significa tener la boca contenida. Las personas que he mencionado tienen la misma libertad de expresión como algo común como lo tienen los demás. Sin embargo, como no pueden hablar libremente con Él quien, a pesar de todas sus dudas, temores y locuras todavía mantiene sus almas secretamente, se consideran no mejores que un mudo. No pueden hablarle *al* Señor, no pueden hablar *acerca de* Él, ni pueden hablar *por* Él, a pesar de que lo desean y que deberían de hacerlo. Estas son los tres encabezados de sus quejas, y por lo tanto suspiran y dicen: *“Señor, abre mis labios.”*

¡Ay! dice el creyente que ha pecado y que ha perdido sus fuerzas: *“Quién me volviese como en los meses pasados”* (Job 29:2). Recuerdo muy bien cuando tenía libre acceso y cuando hallaba bien acercarme a Dios; cuando podía derramar todas mis quejas y preocupaciones ante Él. Recuerdo el momento cuando mi corazón estaba conmovido dentro de mí y mi espíritu

cargado. Me vi a mí mismo como un miserable e indefenso pecador. Innumerables males se apoderaron de mí. Pensé que estaba destinado para la destrucción. Hallé a Satanás a mi diestra, esperando el permiso para tomar mi alma y hacerme su presa para siempre. Miré alrededor, pero no encontré una vía de escape y me di por perdido. Pero, recuerdo cuando nadie en el cielo o en la tierra podía ayudarme, cómo en Su bondad el Señor se acercó en el día de mi angustia y dijo a mi alma: “No temas, yo soy tu salvación”. Él se reveló a Sí Mismo como el único Salvador Todopoderoso. Él dijo: *“Líbralo de descender al sepulcro, porque he hallado redención”* (Job 33:24). *“Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes; bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar. Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor”* (Cantares 2:3, 4).

Este fue el comienzo pero no era todo. Con muchas visitas misericordiosas me favoreció luego. ¡Oh, el deleite de las horas de oración secreta! ¡Oh, la feliz comunión en donde caminaba con Él todo el día! *“En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma”* (Sal. 94:19). Entonces podía sonreír a la furia de Satanás, y en Sus fuerzas podía enfrentar a un mundo enfadado. Cada bendición de la providencia común era doblemente bienvenida, ya que podía leer Su nombre de amor escrito sobre mí. Y cada aflicción traía aceptación y paz, porque veía la mano de mi Padre en ello, y encontraba en el trono de la gracia fuerza renovada, siempre apropiada para mis necesidades. Oh, cuán felices fueron esos tiempos; pero se han ido. Durante esos primeros tiempos difícilmente podía persuadirme de que todavía podía ser conmovido. Pensaba muy poco que tenía un corazón maligno, y nunca pensaba que, después de experimentar tanto Su bondad, pudiera tontamente alejarme de Él de nuevo.

Pero oh, qué cambio he vivido. He llorado por el buen Espíritu de Dios, por el cual fui sellado, y ahora me encuentro en las manos de mi enemigo. El Señor mismo se esconde y está muy lejos, y he perdido el poder de la oración. Esas preciosas promesas que una vez fueron el gozo de mi alma, y con las cuales podía valientemente rogar en el trono de la gracia y decir: “Todo esto es mío,” ya no tienen ninguna delicia o poder. Las leo pero no las puedo sentir. Mis pruebas y mis pecados, que una vez podía echar sobre mi Salvador y encontrar consuelo instantáneo, son ahora una carga pesada, demasiado grande para mí de llevar. Las misericordias han perdido su deleite y las aflicciones han perdido su utilidad; ya que ninguno mueve a mi alma a orar: *“Señor, abre mis labios.”*

Recuerdo igualmente, dice el creyente, cuando tenía esta libertad de hablar *con* Dios, cuán agradable era para mí hablar *acerca de* Él. Mi corazón estaba lleno y rebosaba de la sensación de Su bondad, de manera que era mi comida diaria decir: *“Venid, oíd todos los que teméis a*

Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma” (Sal. 66:16). Entonces la compañía de Su pueblo era sin duda una delicia. Que el menor de Sus hijos se sentara y me oyera hablar de Su misericordia era precioso para mí: “Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia” (Sal. 16:3). “Que juntos comunicábamos dulcemente los secretos, y andábamos en amistad en la casa de Dios” (Sal. 55:14). Agradezco a Dios que todavía amo a ellos, pero no puedo ayudarlos ni puedo ser ayudado por ellos como en tiempos pasados. En vano me dicen: “Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová En tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar” (Sal. 137:4-6). Moro en las tinieblas y en silencio, como aquellos que han estado tiempo muertos. “Señor, abre mis labios.”

Y cuando pude hablar a Dios, y de Él, tenía también la libertad de hablar *por* Él. *“He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:10). Entonces mi alma fue herida al oír cómo se profanaba Su nombre, ver como Sus mandamientos eran quebrantados y Su evangelio menospreciado. Tenía una tierna preocupación por los pecadores. No podía desear otra cosa que, como si fuera posible, cada persona conociera lo que yo conocía, que sintiera lo que yo sentía y que experimentara lo que yo había experimentado. Y especialmente en cuanto a mis amigos y las personas con quien tenía influencia, estaba listo para emplearlo para el mejor de los propósitos. “Porque el amor de Cristo me constriñe a ponerme a mí mismo a Su servicio.” No podía hacer nada más que oponerme al pecado y la auto justicia, y a defender la causa de mi Salvador en cada ocasión. Pude decir: “No me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es el poder de Dios para la salvación de mi alma” (Ro. 1:16), y me atrevía a recomendarlo a todos como el único bálsamo para el pecado. Pero ahora, “Cayó la corona de mi cabeza; ay ahora de mí, porque he pecado” (Lam. 5:16). Estoy excluido de la fuente, y todas mis corrientes están secas. Mis consuelos y mis utilidades declinaron. “Señor, abre mis labios, Y publicará mi boca tu alabanza.”*

Tal es la queja del cristiano descarriado cuando está lleno de su propia sabiduría. Y esto, con una pequeña variación, también se adaptará al alma que duda y que es tentada. Estos confesarán que la experiencia que he descrito es el deseo de sus corazones. Tal comunión con Dios, tal libertad en Sus caminos, tal celo por Su servicio, es por lo que claman al Señor cuando Le ruegan que abra sus labios. Y sin duda no pueden, no se atreven a negar, que a veces han tenido pequeños gustos de ellos, pues de otra manera no sabrían lo que quiero decir. Ya que estas cosas son para el hombre natural una necedad y no las entiende, por lo tanto las desprecia, las odia con un odio total y se opone con todo su corazón. Pero estas almas que dudan y que son tentadas se quejan bajo una presente carga. Una hora oscura de tentación elimina todo

rastró de consuelo que hayan conocido, y rechazan ser consolados. Insistirán en eso: “No tengo parte ni herencia en este asunto; no puedo acercarme a él y temo que nunca lo haré. Cuando intento orar, la sensación de mis pecados y mi pecaminosidad detienen mi boca. No veo al Señor en Su misericordia, sino en Su justicia, y estoy listo a esconderme en las montañas y en las rocas y estar lejos de Su presencia. Cuando me reúno con Su pueblo me encuentro callado por esa horrible palabra: “¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca?” (Sal. 50:16). Cuando me gustaría ofrecer mi débil testimonio por Él en el mundo, la consciencia me alerta y me dice: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?” (Ro. 2:21). Y luego “vendrá el enemigo como río” (Is. 59:19) con las palabras: “Dios lo ha desamparado; Persegúidle y tomadle, porque no hay quien le libre” (Sal. 71:11). Por lo tanto: “Todas las noches inundo de llanto mi lecho, riego mi cama con mis lágrimas” (Sal. 6:6).

Esta es una carga muy pesada; y sería insoportable si no fuera por el hecho de que el fiel Pastor, de una manera secreta e invisible, provee de un oportuno socorro y establece los límites de la furia del enemigo, de manera que no pase más de lo debido. “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante” (Job 38:11). Hasta allí te es permitido herir, pero no más. El Señor nos conoce y ha prometido que con cada tentación proveer o la fuerza para soportarla o la vía de escape.

Dos cosas son apropiadas de mencionar para animar a tales almas, cuando las exhortamos a esperar a ser liberadas. La primera es el ejemplo de los santos. Que no te extrañe como si lo que te ocurre fuera algo nuevo o algo que nunca has oído. Miles y decenas de miles ahora en gloria han probado y tomado profundamente de esta copa antes que tú. Y muchos otros en la tierra que se están regocijando a la luz del rostro de Dios, han dicho en el pasado como tú dices ahora: “Al fin seré muerto algún día por la mano de mis enemigos; el Señor me ha echado y nunca viviré para ver Su bondad en la tierra de los vivientes” (1 Sam. 27:1). O si prefieres pruebas de la Escritura, sólo necesitas leer el libro de Job, los Salmos y las Lamentaciones de Jeremías para ser convencido que algunos de ustedes quienes están entre los más favorecidos siervos del Señor han empleado tales expresiones, de manera que encaje en tu situación como si hubieran sido escritos sólo para ti. ¿Acaso no dicen que fueron quebrantados de quebranto en quebranto; que “Sus saetas cayeron sobre ellos” (Sal. 38:2); que el Señor escribe contra ellos amarguras y los cuenta como Sus enemigos;” y que cercó sus caminos con piedra labrada, y cubrió de nube para que no pasaran sus oraciones”? Estas son solamente pequeñas partes de sus quejas; y ¿qué más podrás decir tú que esto?

Considera nuevamente las preciosas promesas de la Palabra. ¿No son dirigidas a ti? ¿Te consideras un descarriado? ¿Qué dice la Palabra de Dios de tales personas? “*Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, y os tomaré*” (Jer. 3:22). ¿Piensas que eres un pecador de los más graves? Aun así, el Señor dice: “*Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana*” (Isaías 1:18). ¿Acaso dices que tu cuello es como un tendón de hierro y tu frente como bronce? Pero la Palabra del Señor dice: “*Oídmeme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia: Haré que se acerque mi justicia; no se alejará, y mi salvación no se detendrá*” (Is. 46:12). ¿Habrá algo particularmente horrible en tu caso, algo en que difícilmente puedas confiar aun tu mejor amigo? No temas; ya que la Verdad ha dicho: “*Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres*” (Mt. 12:31). “*Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar*” (Is. 55:7).

Pero aun cuando hayamos dicho todo esto, no somos sino miserables consoladores. Aun con la Palabra de Dios en nuestra boca, muchas veces hablamos en vano. Sólo el Señor puede abrir nuestros labios. Oh, que sea la situación de todos aquí presente, que nuestras heridas sean sanadas y que nuestras lenguas proclamen Su gloria. Levanten sus corazones a Él, mientras me esfuerzo a mostrarles por cuáles medios el Señor se agrada a abrir los labios que han estado cerrados. Este es el tercer punto a considerar en mi texto.

Cuando el Señor está a punto de abrir los labios, procede con los siguientes pasos:

En primer lugar, Él abre los ojos. A menudo estamos en un caso similar como el de Agar en el desierto. El agua se le había acabado y estaba en desesperación. Había una fuente muy cerca de ella, con suficiente agua para toda su vida; pero ella no la vio sino hasta que Dios abrió sus ojos. De la misma manera muchas pobre almas y desesperadas dicen: “No tengo nada; no tengo sino muy poca gracia si acaso, y a lo mejor ni siquiera eso.” Ahora bien, ¿si el Señor requiera de ti algo difícil, no lo harías con tal de obtener una provisión? Probablemente tomarías el camino largo, o parte de todas tus riquezas para tener abundante gracia en tu corazón, pero ten por hecho que no puedes esperar la ayuda de esta manera. Es verdad, todo invento que proviene de ti no tendrá efecto, pero, alabado sea Dios, son tan innecesarios como inútiles. No necesitamos cavar en la tierra, ni escalar los cielos ni cruzar los mares, ya que nuestro remedio está cerca. No necesitamos de ofrendas costosas de plata o de oro, ya que nuestro remedio es gratuito. Ven, no mores más en tu botella vacía, sino que busca a la Fuente, al Río, el Océano de toda gracia. Que el Señor abra tus ojos (como lo hizo con el siervo de Eliseo), y ahora te señalaré a un objeto que responderá a todas tus necesidades. Ve hacia el

Señor Jesucristo; ve a Él como cuelga: desnudo, herido, sangrando, muerto y abandonado en la cruz. Ve a Él de nuevo como ahora reina en la gloria, poseyendo todo el poder en el cielo y la tierra, con miles y miles de santos y ángeles adorándolo, y decenas de miles ministrándole. Luego compara tus pecados con Su sangre, compara tus querencias con Su suficiencia, compara tu incredulidad con Su fidelidad, compara tu debilidad con Su fuerza, compara tu inconsistencia con Su amor eterno. Si al Señor Le placiera abrir los ojos de tu entendimiento, estarías maravillado con la comparación. ¿Compararías un pequeño grano de arena con una inmensa montaña, de la cual su cima llega a las nubes y cuyas raíces se esparcen de mar a mar? ¿O compararías el pequeño destello de una luciérnaga con la luz del sol al mediodía? Todavía hay menos disconformidad entre estas que entre la mayor capacidad de tus deseos y necesidades y los recursos inmensos que te son provistos, en la justicia, compasión y poder de nuestro Redentor. Él es capaz de salvar perpetuamente, y todos nuestros problemas surgen principalmente de esto, que nuestros ojos están velados de manera que no Lo conocemos. Por lo tanto, el primer paso que el Señor concede para abrir los labios es abrir nuestros ojos, de manera que podamos verlo y mirarlo con tal visión tan desatada como la lengua del incrédulo Tomas y declarar: *Mi Señor y mi Dios.*”

En segundo lugar, cuando los ojos son abiertos, el Señor abre el oído. Cuando Cristo está fuera de la vista, somos sordos a cualquier llamado, invitación y promesa de la Escritura. Pero cuando vemos a Aquel que murió para que Su pueblo viviera, despierta la atención y nos hace dispuestos y capaces de oír lo que el Señor tiene que decir a Su pueblo. ¿Y qué es lo que dice desde la cruz? “*Mirad a mí, y sed salvos*” (Is. 45:22). “*Y yo, si fuere levantado, a todos atraeré a mí mismo*” (Juan 12:32). Mirad mis manos y mis pies, todo esto soporté por vosotros. No temáis, sino creed solamente. ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? Ve, pecador, como te he amado. He pisado Yo solo el lagar. He destruido la muerte y al que tiene el poder de la muerte. Por lo que ya no hay condenación a los que creen en mí”.

¿Y qué es lo que dice de Su reino? “He rogado por ti, que tu fe no falte. Ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón. Al que a mí viene, no le echo fuera. Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, Amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará. Sepultaré vuestras iniquidades. Tus pecados te son perdonados. Ve en paz y no peques más”. Oh, ¡qué palabras son estas!

En siguiente lugar, al abrir el ojo para ver Su excelencia y poder y el oído para oír Sus misericordiosas palabras, luego abre el corazón. Él quiebra las puertas de la prisión, entra a la fuerza y libera al prisionero. Golpea la peña y el agua fluye. Ahora un arrepentimiento

verdadero toma lugar, y el pecado se torna excesivamente pecaminoso. Existía una tristeza anteriormente, pero no tenía efecto ni producía fruto. Pero ahora al verlo a Él que fue traspasado por nuestros pecados, y al oír el sonido que da la bienvenida al perdón proclamada en la consciencia, produce una tristeza según Dios, un arrepentimiento, arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse. Así fue con la mujer que lavó los pies de Jesús. Ella había sido una gran pecadora, y fue perdonado mucho de modo que ella amó mucho. De la misma manera con Pedro: él había sido un penoso descarriado; él había estado con Jesús en el monte, presenciando toda Su gloria; él fue fuerte en su protesta: “Aunque todos te nieguen, yo no lo haré,” (Mt. 26:35), pero hizo cobarde a la voz de una muchacha, diciendo: “No lo conozco”. Cuando los siervos le hablaron, él maldijo y juró; pero cuando Jesús lo miró, Pedro lloró. ¿Crees que Jesús lo miró con desdén e indignación? No, sino que lo miró con una mirada de amor; una mirada tal que le convenció de pecado, que le hizo entender que el Señor lo perdonaba. Esta mirada rompió su corazón en pedazos. Salió y lloró amargamente. Y luego, aunque fue humillado de tal manera como para confiar en sí mismo, cuando se le preguntó, él pudo valientemente apelar al Buscador de corazones: “*Señor, tu sabes todas las cosas; tu sabes que te amo*” (Juan 21:17).

Y cuando los ojos, los oídos y el corazón son abiertos; cuando el entendimiento es iluminado, la voluntad comprometida y las afecciones avivadas, entonces la cura es realizada. Entonces los labios serán abiertos y la boca será llena con acción de gracia y alabanzas. Oh, que al Señor Le placiera darme eso y a cada uno de ustedes, un conocimiento más claro de este bendito cambio del corazón, más claro que el poder que tienen las palabras (y especialmente de mis pobres palabras) para describir. “Vengan, mis amigos, *“y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará”* (Oseas 6:1). Ciertamente todos nosotros somos culpables en este asunto. Todos Le hemos provocado por la incredulidad y por desviarnos de Sus buenos caminos; y por lo tanto vivimos muy por debajo de nuestros privilegios, y a menudo nos sentimos tristes y cargados, cuando tenemos en Él las bases para un gozo continuo. Unámonos en esta oración: “Oh Señor, abre nuestros labios, muestra Tu poder entre nosotros, sana todos nuestros quebrantos, rasga el velo de nuestra incredulidad, elimina la nube áspera de nuestros pecados, límpianos de todas nuestras iniquidades e ídolos y enseña a nuestras balbucientes lenguas y estériles corazones a mostrar alabanzas a Tu amplia bondad”.

Antes de continuar cantemos el **Salterio 141, las estrofas 1, 2 y 4.**

Procedo a observar en último lugar que si el Señor se complace a responder nuestros deseos y abre sus labios de esta manera, entonces seguramente Lo alabarán. Lo alabarán con sus bocas y con sus vidas; agradecerán conocer Su misericordia, Su poder y Su sabiduría.

Primero, Lo alabarán por Su misericordia. ¿No es bienvenida la corriente de agua fresca por el alma sedienta? ¿Acaso la postergación del castigo es aceptable a un pobre, condenado malhechor? Cuánto más bienvenida es la sensación del amor perdonador a un alma que ha sentido la maldad y los efectos del pecado. ¡Que! ¿Ser tomado del chiquero para luego tener a príncipes de compañía? ¡Que toda nuestra culpa sea removida de inmediato! Ser arrebatado casi del umbral del infierno y ser colocado en los suburbios del cielo y poder decir: oh Jehová; pues aunque [justamente] Te enojaste contra mí [y lloré bajo una sensación de tu desagrado], Tu indignación se apartó, y me has consolado. ¿No es esto misericordia? Y al considerar especialmente cuán inmerecidos somos de Su más pequeño favor. Aún más, que podamos considerar la manera en la que fue materializado, que el perdón, aunque gratuito para nosotros, es un perdón “comprado con sangre;” que costó la vida y el alma del Señor Jesús, para efectuar esa bendita reconciliación en la cual empezamos a regocijarnos. Todavía más, consideren que todo lo que ahora recibimos de Su amor no es sino una pequeña prueba en comparación a lo que está reservado para nosotros. Oh, ¡qué misericordia tenemos! Oh, esto nos llama a dar gracias. *“Señor, abre mis labios, Y publicará mi boca tu alabanza.”*

Segundo, si el Señor se complace en abrir tus labios, entonces alabarás Su poder. “Creo”, dice la pobre alma en un momento, “que había caído tan bajo que no había ayuda alguna. Mientras más me esforzaba y obraba en mis fuerzas, las bendiciones parecían más lejanas. Sé, por experiencia, que nadie sino un brazo todopoderoso puede aliviarme. He tratado con criaturas, medios y artilugios una y otra vez pero las he hallado carentes de valor. Pero ahora, la diestra de Jehová hace proezas. La diestra de Jehová es sublime; La diestra de Jehová hace valentías. ¿Qué diré? “El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho.” Él es el que obra; a Él sea toda la gloria. No obtuve esta victoria por mi propio arco, tampoco mi propio brazo me salvó, sino que el Señor se ha complacido en mostrar la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos. Por lo tanto, *“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria”* (Sal. 115:1).

Tercero, si el Señor tan benditamente abre tus labios, alabarás Su sabiduría. *“Lo que hago,”* le dijo nuestro Señor a Pedro, *“no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después”* (Juan 13:7). El alma que llora a menudo pregunta junto con David: *“Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?”* (Sal. 42:9). Sin embargo, cuando el Señor transforma tu dolor en gozo, sabrás por qué. Verás

entonces que había una necesidad de todas estas cosas. Es para mostrarte lo que hay en tu propio corazón, para mortificar el espíritu de la auto justicia, y “para enseñarte que sin Él no puedes hacer nada.” Es para hacerte sabio y experimentado en contra de los artificios de Satanás. Es para darte una tierna simpatía y afecto fraternal en los sufrimientos y enfermedades de tus hermanos, y de capacitarte en animar y consolar a otros quienes estarán en el mismo caso que tú estás, al relacionar lo que has visto y conocido tú mismo en tus diferentes conflictos y luchas en contra del pecado. Estas son algunas de las razones por las que el Señor permite que Sus queridos hijos clamen al ser cargados, y porque a veces Él permite que Sus enemigos ganen una pequeña ventaja sobre ellos, para humillarlos y probarles con el fin de hacerles bien al final. ¡Oh! ¡Con qué sabiduría se lleva esto a cabo! Pueblo de Dios, podemos ver un poco de esto ahora, pero no tendremos una completa perspectiva hasta que lleguemos a salvo a la casa eterna. Entonces veremos hacia atrás hacia el camino el cual Él nos ha llevado, a través del desierto, y nos hará alabarle eternamente.

Aún más, si el Señor tan misericordiosamente abre tus labios, entonces no sólo tu boca, sino tu vida lo alabará. ¿Cuál es el lenguaje de un corazón creyente cuando el Señor perdona sus pecados y sana sus heridas? Es este: “Ahora pagaré mis votos a Jehová, porque me ha redimido, Oh Dios de verdad. ¿Continuare en el pecado porque la gracia abunda? De ninguna manera. Soy crucificado con Cristo, crucificado para el mundo y el mundo para mí. El amor de Cristo me constriñe. El pasado es suficiente para haber vivido en vanidad; a partir de ahora soy del Señor. Él me ha atrapado por Sus tiernas misericordias, para poner mi cuerpo y alma a Su servicio. Aquí, o Señor, ofrezco todo mi ser, todo lo que soy y todo lo que tengo como un sacrificio vivo, santo y aceptable a ti. No permitas que me extravíe de nuevo de ti, sino concédeme andar en la luz como Tú estás en la luz, y a tener comunión contigo hasta que me lleves fuera del alcance del pecado y del dolor para siempre”.

Por el otro lado, tú que estas aquí y que no has conocido la misericordia del Señor ni llorado por una sensación de Su desagrado, estoy seguro de que tus labios están cerrados en esta misma hora. Y si morirás incapaz de alabar al Dios que te creó, y a la gracia el cual ha llevado el sonido del evangelio a tus oídos, hubiera sido mejor que nunca hubieras nacido. Oh, tienes muchas razones para clamar: “*Señor, abre mis labios.*” Abre mis ojos para ver mi peligro y el mal de mi naturaleza y vida. Abre mis labios para confesar mi maldad. Abre mi corazón para recibir Tu Palabra, que también pueda ser parte de las alabanzas que Tu pueblo te da, y que no perezca con una mentira en mi diestra. Oh, considera que el tiempo es corto, la muerte está cerca y puede ser repentina. Que el Señor te lleve a considerar estas cosas que te dan paz, antes que sean ocultas de tus ojos para siempre.

Y tú, mi amigo, que en el presente puedes disfrutar algo de la luz del rostro de Dios, que eres increíblemente bendecido al conocer que tus pecados son perdonados y que tienes libre acceso al trono de la gracia, oh, medita en tus privilegios. Cuídate de ti mismo, y cuídate de Satanás. Tu enemigo envidia tu libertad; te observa sutilmente y con malicia; esparce trampas entre tus pies; desea aprovecharse de ti, “zarandearte como a trigo.” Por lo tanto, ora por que la gracia te guarde, por ser humilde para orar abundantemente en secreto y a tener cerca las Escrituras de Dios; ya que por las Palabras de Sus labios serás preservado del camino del destructor. Asiste diligentemente a las ordenanzas y habla a menudo con otros, en amor y fidelidad, de lo que el Señor ha hecho y preparado para ti, y de la persona que deberías ser, en todo comportamiento santo y piadoso. Así serás guardado del mal. Jesús ha orado por ti, que tu fe no falte. Que tus ojos y tu corazón sean abiertos a Él, pues es Él quien debe hacer todo para ti, todo en ti y todo por ti. Él ha dicho: *“He aquí, yo vengo pronto.”* Sujétate a lo que tienes. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. Sí, ven, Señor Jesús. Amén.